

# **Dr. Robert A. Peterson, Apocalipsis y Escritura, Sesión 1, Introducción histórica, Jensen, Revelación de Dios, La Ilustración y la respuesta cristiana**

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Robert A. Peterson en su enseñanza sobre la Revelación y la Sagrada Escritura. Esta es la sesión 1, Introducción histórica, Jensen, La revelación de Dios, La Ilustración y la respuesta cristiana.

Les invitamos a nuestras conferencias sobre las doctrinas de Dios y de la Sagrada Escritura.

Por favor, únanse a mí en la oración de apertura. Padre misericordioso, te damos gracias porque has abierto tu santa boca y has pronunciado tu palabra. Anímanos durante estas conferencias; oramos para aprender de ti, para regocijarnos en tu revelación, tanto general como especial, y especialmente para renovar nuestro compromiso contigo y tu santa palabra. Bendícenos, te rogamos, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Tengo una introducción bíblica e histórica para estas conferencias sobre las doctrinas de la revelación de Dios, de su darse a conocer, que culminarán con su darse a conocer especialmente en su palabra escrita.

La introducción histórica proviene de Peter Jensen, un conocido líder de la iglesia australiana y teólogo de tipo evangélico. Escribió el libro Contornos de la teología cristiana sobre la revelación de Dios. Dice: Tengo a mi lado un libro que, hasta donde recuerdo, fue la primera obra crítica que leí.

Se trata de una selección y traducción de obras del gran racionalista francés del siglo XVIII, Voltaire, que Joseph McCabe hizo. Lo que más me impresionó fue la brillantez del ataque de Voltaire a la Biblia y al cristianismo. Yo había sido educado con un respeto convencional por ambos, y el libro apenas sobrevivió al desprecio de Voltaire.

Cita dentro de una cita, citando a Voltaire, que el gran Dios que me escucha, un Dios que ciertamente no pudo nacer de una niña, ni morir en una horca, ni ser comido en un bocado de pasta, ni haber inspirado este libro con sus contradicciones, locuras y horrores. Que este Dios, creador de todos los mundos, tenga piedad de la secta de los cristianos que lo blasfeman. Uf, cierre la cita.

Voltaire no se contentó con vituperar la doctrina cristiana por su estupidez. Con igual severidad, también despotricó contra las Sagradas Escrituras, atacando no sólo su moralidad sino también su credibilidad. “No soy lo suficientemente versado en química, observó, como para tratar felizmente con el becerro de oro, que el Éxodo dice que fue hecho en un día y que Moisés redujo a cenizas. ¿Son dos milagros o dos posibilidades del arte humano?”.

Encuentro con la Ilustración. Aunque yo no lo sabía en ese momento, dice Jensen, me estaba introduciendo en la sabiduría de uno de los grandes movimientos intelectuales de la historia moderna, la Ilustración.

De la mano de un maestro literario como Voltaire, experimenté el poder de una crítica que cuestiona la fe de una manera hostil durante más de 200 años. A pesar de las muchas diferencias de opinión que caracterizaban la doctrina cristiana en la época de Voltaire, había un acuerdo fundamental entre los cristianos en que la Biblia era una revelación especial del único Dios verdadero y que con razón se la llama la Palabra de Dios. También se estaba de acuerdo en que existe una revelación general de Dios a través del mundo creado, aunque las opiniones diferían sobre hasta qué punto es verdadera.

De hecho, la Biblia es una obra religiosa y puede ser comprendida por seres humanos pecadores. En cualquier caso, se pensaba que el cristianismo poseía una capacidad singularmente autoritaria y salvadora para llevar a los pecadores a una relación con Dios. Por su parte, Voltaire no era ateo.

Cuando ofreció pruebas de la existencia de Dios, su razonamiento no se basaba en la revelación, sino en una especie de teología natural. Hablamos aquí un lenguaje estrictamente filosófico. Citando a Voltaire, hablamos aquí un lenguaje estrictamente filosófico.

No nos corresponde ni siquiera echar una mirada a quienes utilizan el lenguaje de la revelación. Cierra la cita. Las preguntas que planteaba la Ilustración eran las siguientes:

¿Posee el cristianismo una revelación especial de Dios? ¿No sería mejor mantener la religión dentro del ámbito de la razón humana? ¿Qué podemos aprender acerca de Dios utilizando únicamente la razón humana? ¿Podemos creer que los milagros de la Biblia y de la historia de la Iglesia son auténticos a la luz de la historia crítica? ¿Podemos dar crédito a la afirmación de que la Biblia es inspirada cuando contiene tantas historias improbables y enseñanzas inmorales? Los argumentos críticos de pensadores como Voltaire han erosionado enormemente la credibilidad de la enseñanza cristiana. Irónicamente, aunque todavía llamamos Biblia a cualquier libro de texto autorizado, este uso simplemente refleja los restos vestigiales de su antigua

y abrumadora popularidad. Cuando se trata de la Biblia propiamente dicha, la opinión de Voltaire ha triunfado en gran medida.

Cuando más tarde me dediqué al estudio de la teología, escribe Peter Jensen, me encontré con un poderoso conjunto de objeciones al uso de la teología natural en sí. David Hume, de 1711 a 1776, atacó tanto la teología natural como la revelada. Se negó a admitir que el argumento a favor de Dios a partir del mundo, el argumento a favor de Dios a partir del mundo, tuviera algún poder persuasivo.

Lejos de llevar a la conclusión de que había un único creador soberano del cielo y la tierra, era más justificable concluir que el politeísmo es verdadero o que el poder de Dios está limitado por la debilidad. El mundo, argumentaba, puede entenderse como algo, y aquí citamos al escéptico, el escéptico escocés David Hume, “Se entiende que el mundo es muy defectuoso e imperfecto en comparación con un modelo superior, y fue sólo el primer ensayo rudo de alguna deidad infantil, que después lo abandonó, avergonzada de su pobre desempeño. Es sólo el trabajo de alguna deidad inferior dependiente y es objeto de burla para sus superiores. Es un producto de la vejez y la senectud en alguna deidad sobrenatural, una deidad superanual, y desde su muerte, ha corrido en busca de aventuras a partir del primer impulso y la fuerza activa que recibió de él”.

Vaya. Hume estaba incluso menos satisfecho con las afirmaciones de una revelación que Voltaire.

Hume centró su ataque en los milagros, ya que eran parte integral tanto del contenido como de la justificación de la religión revelada. Los milagros son tan frecuentes en la Biblia y tan frecuente era la apelación cristiana a ellos como medio de validar la religión, que la elección de los milagros para el examen filosófico fue especialmente reveladora. Desde el punto de vista de Hume, los milagros eran fundamentalmente imposibles porque violaban las leyes consistentes de la naturaleza.

Sostuvo, por tanto, que nunca podría haber pruebas suficientes a través del testimonio humano para que un historiador creyera en un milagro. Concluyó su discurso sobre los milagros aconsejando a los cristianos que se aferraran a la idea de que su religión se basaba en la fe, no en la razón, y apeló a la razón para exponer la religión a una prueba demasiado dura para que pudiera soportarla. Con aguda ironía, termina con estas palabras, citando una vez más a Hume: la religión cristiana no sólo estuvo acompañada en sus comienzos por milagros, sino que incluso hoy en día ninguna persona razonable puede creer en ella sin uno.

La mera razón no basta para convencernos de su veracidad, y quienquiera que sea movido por la fe a asentir a ella es consciente de un milagro continuo en su propia persona, que subvierte todos los principios de su entendimiento y le da la

determinación de creer lo que es más contrario a la costumbre y la experiencia, cierra la cita. Vaya, ¿me prestas atención? El triunfo de la Ilustración, la razón para comenzar este análisis del Apocalipsis de una manera tan personal, escribe Peter Jensen, es que mi experiencia ilustra en microcosmos una de las principales consecuencias de la Ilustración y demuestra su importancia continua a pesar de los muchos otros movimientos culturales que la han sucedido. Cuando los escritos de Voltaire llegaron a mis manos, y más tarde cuando me encontré con el pensamiento de Hume, fueron profundamente desafiantes.

Voltaire hizo que la fe cristiana pareciera tan ridícula y restrictiva que apenas merecía la pena seguir siendo fiel a ella. No es casualidad que tanto Voltaire como Hume fueran especialmente conocidos en su época como historiadores. Un nuevo clima de anti-sobrenaturalismo estaba entrando en el estudio de la historia y, junto con las investigaciones críticas que se estaban llevando a cabo sobre el origen y la naturaleza de la Biblia, la vieja ortodoxia estaba siendo cuestionada desde sus mismos cimientos.

Los argumentos de la Ilustración se agudizaron aún más con el mensaje, siempre atractivo, de que el hombre era la medida de todas las cosas. La razón humana era el canon del juicio, la libertad humana era la virtud principal y el progreso humano contra la superstición y la autoridad infundada era el programa. La modernidad presupone la verdad de estas afirmaciones, y pocos occidentales contemporáneos están totalmente libres de sus fascinantes cadenas.

Los pensadores de la Ilustración se vieron envueltos en una lucha intelectual contra la Iglesia y el Estado sobre la cuestión de la autonomía humana. Puesto que tanto la Iglesia como el Estado apelaban a la Biblia para justificar su propia autoridad, no es sorprendente que la Biblia se convirtiera en un terreno de disputa. Al final, todo el movimiento, del que Voltaire y Hume son sólo dos exponentes, ha logrado, entre otras cosas, una victoria sorprendente sobre la fe cristiana.

El cristianismo perdió su autoridad intelectual, social y espiritual, especialmente en la Europa protestante. En opinión de Bernard Rahm, cita textual, la herida mortal, Bernard Rahm era un teólogo evangélico, la herida mortal que la Ilustración infligió a la ortodoxia protestante fue asombrosa y de la que nunca ha habido una recuperación completa, cita textual. Colin Gunton, otro pensador evangélico, observa que “los aspectos más destacados de la cultura moderna se basan en la negación del evangelio cristiano”.

Los escritos de Voltaire y Hume fueron dos de las raíces del pensamiento radical del siglo XVIII, que me llegó a finales del siglo XX. Por supuesto, formaban parte de una historia mucho más amplia que incluía a pensadores tan grandes y diversos como Locke, Spinoza, Kant y Hegel. Incluso en el siglo XVII, filósofos y teólogos habían

comenzado a adoptar posiciones que alterarían radicalmente el lugar que ocupaba la Biblia en la iglesia y en la cultura.

Además, el siglo XIX fue testigo de un enfrentamiento, al que algunos llamaron una guerra entre la revelación y la ciencia, que tendría repercusiones significativas para la autoridad de la religión y la revelación. El darwinismo parecía haber asestado golpes fatales a los relatos bíblicos de la creación y a cualquier concepto de orden en la creación, es decir, tanto a la revelación especial como a la general. Al mismo tiempo, la complejidad y variedad del mundo humano se manifestaban de maneras que inmediatamente suscitaban preguntas sobre cualquier sistema que pretendiera ser absoluto o único.

Al final, ideas como la revelación bíblica, la revelación general y la teología natural se enfrentaron a la hostilidad, no sólo de la filosofía, sino también del estudio disciplinado de la historia, la antropología, la religión y la ciencia. Basta pensar en nombres como Marx, Darwin y Freud para reconocer el alcance del desencanto cultural con la revelación. Apuesto a que estaban esperando las respuestas cristianas a la crisis de la Ilustración : el ataque a sus afirmaciones de poseer una revelación única de Dios desafió la fe cristiana en un punto sumamente delicado.

La respuesta habitual, al menos entre los intelectuales occidentales, ha sido la de aceptar las críticas que conducen a la incredulidad. La pérdida del estatus intelectual del cristianismo es una característica llamativa del período moderno. Es cierto que durante los últimos 200 años se ha producido una de las mayores expansiones misioneras de la Iglesia.

La traducción, publicación y difusión de la Biblia por sí sola constituye un fenómeno histórico extraordinario. También lo es el continuo e intenso estudio académico de sus páginas. Lejos de estar completamente desacreditada, la Biblia es el libro que se imprime con mayor frecuencia en el mundo.

Sin embargo, hay que decir que la presión ejercida por el secularismo sobre las afirmaciones intelectuales del cristianismo ha sido intensa. No es sorprendente que haya contribuido tanto a la pérdida de miembros como a tensiones y tensiones significativas dentro de la propia comunidad cristiana. Las divisiones entre denominaciones se han vuelto menos significativas que las divisiones entre quienes han adoptado diferentes estrategias para abordar el desafío de la modernidad.

Un tema central ha sido la valoración teológica de la Biblia. Algunos han seguido defendiendo la visión tradicional de que la Biblia está inspirada por Dios y, por lo tanto, es la autorrevelación directa de Dios. Como hemos visto, Bernard Rams habla de una herida infligida a la ortodoxia protestante, cita, de la que nunca ha habido una recuperación completa, cita cerrada.

Pero también señala que, como por un milagro, logró sobrevivir, cita cerrada. El exponente más notable, pero no el único, de esta posición ha sido el teólogo norteamericano Carl FH Henry, cuya magistral obra de seis volúmenes sobre el Apocalipsis ha seguido atrayendo una seria atención. Es uno de los primeros cristianos evangélicos en obtener un doctorado en filosofía en una respetada universidad pública no creyente, el Boston College, y luego tuvo un tremendo impacto en la fundación de Christianity Today, la Sociedad Teológica Evangélica y, en general, demostró que una persona puede ser un cristiano evangélico pensante y también un erudito, y no esconderse de los ataques intelectuales y demás, y además hacerlo con una manera cristiana amable, lo que también es un mérito de Carl Henry.

Estos cristianos conservadores no se han considerado obligados a reproducir exactamente las ideas de sus predecesores. Se ha producido un desarrollo en la doctrina de las Sagradas Escrituras y en la comprensión de sus enseñanzas. Han mostrado una voluntad de incorporar la riqueza de información disponible procedente del mundo antiguo, sus lenguas y sus costumbres, lo que puede considerarse como uno de los frutos positivos de la Ilustración.

Además, estas exposiciones del Apocalipsis siempre han defendido un concepto de revelación general. Generalmente sigue las líneas establecidas por Juan Calvino, es decir, que hay una revelación de Dios en la naturaleza y en el corazón, pero se la suprime, haciendo que el receptor sea ignorante y culpable. Sin embargo, la mayoría de los protestantes que han pensado seriamente sobre el Apocalipsis han elegido un camino diferente.

Naturalmente, conservan un profundo respeto por las Escrituras, especialmente por el testimonio del Nuevo Testamento acerca de Jesucristo. Sin ese respeto, es difícil que un sistema religioso siga siendo cristiano, salvo en el sentido más nominal. Sin embargo, se ha tomado una decisión abrumadora de trasladar el lugar principal de la Revelación fuera de la Biblia.

Emil Brunner, por ejemplo, se refiere a “la fatal equiparación de la Revelación con la inspiración de las Escrituras”. La inspiración se entiende hoy en día típicamente de forma atenuada o como la iluminación del agente receptor. El propósito fundamental de estas reinterpretaciones es doble: salvar la revelación de Dios y salvar el testimonio de las Escrituras.

Si la Biblia contiene los defectos morales e históricos expuestos por escritores como Voltaire, no se la puede identificar demasiado directamente como una revelación de Dios. No se la debería llamar la Palabra inspirada de Dios. Sin embargo, sería un error considerar esta reinterpretación como meramente defensiva.

A sus numerosos defensores también les ha dado la oportunidad de eliminar lo que consideran elementos desafortunados de la teoría tradicional y reemplazarlos con

características que hacen más justicia a la naturaleza de las personas humanas y divinas involucradas. Así, con frecuencia rechazan la revelación proposicional por ser intelectualista y enfatizan la experiencia de los encuentros divino-humanos. A menudo favorecen una revelación dinámica que se centra en los hechos históricos de Dios en lugar de en un conjunto estático de palabras.

Además, consideran que las teorías más antiguas no hacen justicia a la naturaleza multiforme de las Escrituras. Asimismo, simpatizan considerablemente con la idea de que la revelación no se limita en modo alguno a la religión. También simpatizan más que sus predecesores de algún tiempo atrás con las posibilidades positivas que la revelación general y la teología natural ofrecen a los cristianos.

Naturalmente, existen diferencias significativas entre los tipos de teología de la revelación que se proponen. En términos generales, se puede decir que el siglo XIX estuvo dominado por Friedrich Schleiermacher, el padre del liberalismo, y el XX por Karl Barth, el padre de la teología neo-ortodoxa. Algunos que sigan el ejemplo de Schleiermacher encontrarán el lugar de la revelación en la experiencia humana de Dios, que es sin duda donde Schleiermacher lo planteó.

Otros, como Barth, reaccionarán contra este enfoque supuestamente centrado en el hombre y hablarán de Jesucristo como la única palabra de Dios de la que dan testimonio las Escrituras. Pero hay alternativas notables, ejemplificadas por eruditos como Wolfhard Pannenberg, que habla de la revelación en y a través de la historia y la escatología. El teólogo católico romano Avery Dulles ha sugerido una taxonomía de no menos de cinco modelos de revelación utilizados en la teología contemporánea.

Habla de la revelación como doctrina, en la que incluye a Carl Henry y a otros escritores protestantes y católicos, de la revelación como historia, de la revelación como experiencia interior, de la revelación como presencia dialéctica, de la neo-ortodoxia y de la nueva conciencia. A pesar de la variedad, propone una definición que, cito textualmente, probablemente sería aceptable para muchos partidarios de cada modelo. Se trata del erudito católico romano Avery Dulles.

Su propuesta es la siguiente: la revelación es la acción libre de Dios, mediante la cual comunica la verdad salvadora a las mentes creadas, especialmente a través de Jesucristo, tal como la acepta la Iglesia Apostólica y la atestiguan la Biblia y la comunidad continua de creyentes, cita final. Su propuesta refleja con éxito varios de los énfasis que se encuentran en la mayoría de los tratamientos de la revelación en la actualidad.

No es sorprendente que, dado que Dulles escribe como católico, el énfasis recaiga en la Iglesia más que en un relato protestante correspondiente. En la teología sistemática protestante, especialmente en la que estuvo influida por el movimiento neo-ortodoxo del siglo XX, parece haber tres énfasis que permanecen bastante

constantes a medida que los pensadores se han esforzado por justificar y explicar la revelación. Algunos de ellos, pero no todos, se pueden encontrar en el resumen de Dulles.

Cada elemento ha sido forjado en la convicción de que ya no podemos apelar a la Biblia como tal para que sea la revelación misma, y por lo tanto reflejar algunas de las reacciones a esa forma de aproximación. Y durante los próximos minutos de esta conferencia, voy a relatar el resumen de Peter Jensen de estas tres características de la teología neo-ortodoxa. La revelación como acontecimiento, la revelación como entrega de sí mismo y, especialmente, la revelación como Jesucristo.

La revelación como acontecimiento. En primer lugar, en una ruptura consciente con las antiguas concepciones que identificaban la revelación con las palabras de la Biblia, muchos teólogos modernos afirman que la revelación es un acto de Dios, un acontecimiento, un episodio. Dulles intenta captar este elemento utilizando la frase acción libre en su definición de revelación.

Al adoptar esta concepción de la revelación, los teólogos protegen, en primer lugar, la libertad de Dios. Daniel L. Migliore habla de los episodios bíblicos y añade: "Si bien Dios se revela verdaderamente en estos acontecimientos, la libertad o el ocultamiento divino nunca se disuelve. Según sus palabras, Dios no deja de ser un misterio en el acontecimiento de la revelación " .

Frente a la tendencia de la teología del siglo XIX a tratar a Dios como algo inmanente, presente en su mundo, los teólogos posteriores han subrayado su trascendencia y, por tanto, su libertad de ser Dios. En esto siguen a Karl Barth y a la neoortodoxia.

La revelación debe ser considerada como un don que surge de la libre iniciativa de Dios y, por tanto, es coherente tanto con su gracia como con la necesidad humana. La revelación está en sus manos, no en las nuestras. No podemos controlarla, exigirla ni organizarla.

Si identificamos un libro, incluso la Biblia, como revelación, afirmamos nuestra autoridad sobre Dios y adoptamos un enfoque farisaico, valorando la letra pero no el espíritu, con S mayúscula. Al tratar la revelación como un acontecimiento, pensamos en Dios en la Biblia de una manera que es más fiel a la Biblia misma. Lejos de ser un manual de verdades eternas, la Biblia es preeminentemente una narración de las poderosas acciones de Dios, a través de las cuales salvó a su pueblo y se identificó con él. Se dice que pensar en la revelación como un acontecimiento tiene otras ventajas.

También encaja con la forma en que el concepto aparece a menudo en la Biblia, ya sea en forma griega o hebrea. El término no se utiliza en la Biblia como un libro, por ejemplo, sino más bien en el encuentro entre Dios y los seres humanos mediante el

cual Dios se da a conocer a ellos. Con frecuencia tiene un componente escatológico en el que la aparición de Cristo al final de los tiempos se llama revelación.

También se utiliza para describir lo que Dios está haciendo en el mundo, ya sea en el mundo natural o en el mundo de los asuntos humanos. El individuo puede recibir una revelación, o puede ser algo que todos deberían poseer. Además, la idea de que la revelación es un acontecimiento se adapta a la necesidad de pensar en ella desde un frente más amplio que el que se encuentra en la Biblia.

Se plantea el tema de la experiencia de la revelación, por ejemplo, la sensación de la presencia de Dios que sienten muchas personas, tanto cristianas como no cristianas, y nos permite explorar los relatos de la revelación en otras religiones. También permite hacer hincapié en la obra iluminadora e inspiradora actual del Espíritu de Dios que las teorías anteriores de la revelación oscurecieron. Así, el primer énfasis de las opiniones modernas, especialmente las neoortodoxas, sobre la revelación es que se trata de un acontecimiento y no debe identificarse con las palabras de la Biblia.

En segundo lugar, es una autodonación. En la teología contemporánea, también se habla mucho de la verdad de que nuestro conocimiento de Dios es relacional. En este punto, el concepto de Douglass de que Dios, cito, comunica la verdad salvadora a las mentes creadas, cito, se consideraría inútil porque revierte a lo que podría llamarse una proposición o visión intelectualista de la revelación, en la que la fe se considera como la aceptación de ciertas verdades con la autoridad de alguien más, y la revelación misma se considera preeminentemente como un cuerpo de verdades reveladas.

En lo que respecta a la teología protestante moderna, esto equivale a no comprender el verdadero corazón de la fe cristiana. En esencia, el cristianismo se ocupa de las relaciones, y especialmente del encuentro entre Dios y los seres humanos. La explicación intelectualista deja a los hombres a distancia, por así decirlo.

Lo que necesitamos no es tanto la comunicación de verdades como la comunicación de personas. No es casualidad, en efecto, que el punto central de la revelación sea una persona, Jesucristo. La esencia del cristianismo es nuestra relación con él, no fundamentalmente con un conjunto de palabras sobre él.

Como ha escrito y citado Emil Brunner, somos libres; estamos aquí, ya no nos preocupa una relación de palabras sino una relación personal. Ya no nos contentamos con creerlo, sino que nuestra preocupación es venir a él, confiar en él, estar unidos a él y entregarnos a él. La revelación y la fe significan ahora un encuentro personal, una comunicación personal, una cita final.

La revelación es un acontecimiento; la revelación es la revelación que Dios hace de sí mismo, de sí mismo, en la persona de Jesucristo. La persona de Jesús ha ocupado ahora el lugar de la Biblia como contenido de la revelación cristiana. En palabras de Robert Morgan, de la triple forma de la Palabra de Dios de Barth, sólo la Palabra encarnada puede ser llamada propiamente revelación divina.

Su triple forma de la Palabra de Dios es Cristo es la Palabra; de manera derivada, la Biblia y la predicación de la Palabra también se denominan la Palabra. Cuando se pensaba que la revelación era un conjunto de verdades infalibles contenidas en la Biblia, había una tendencia constante a convertirla en un libro de texto sobre todo tipo de temas. En particular, la Biblia era una fuente de información moral.

En listas como el Decálogo y las Bienaventuranzas, proporcionaba guías útiles para vivir una vida buena. También se consideraba que la Biblia contenía excelentes conocimientos científicos e históricos, y sus enseñanzas ponían a prueba los avances en ambos ámbitos. Asimismo, se buscaba en la Biblia información detallada sobre el futuro.

La devastación que provocó la Ilustración fue, en parte, el legado de este tipo de abuso de la Biblia. Una estimación errónea de su naturaleza llevó a abusar de sus palabras y a descuidar su verdadero significado. Si hay algo que está claro para los teólogos protestantes modernos de la corriente dominante, es que no hay forma de volver a restablecer la Biblia como la Palabra inspirada e infalible de Dios en un sentido primario.

¿Necesito decirles a mis oyentes y observadores que creo que la Biblia es una revelación infalible de Dios, inspirada en las mismas palabras de Dios, que también son palabras humanas, lo que nos lleva a entender la Biblia como una manifestación de la gracia de Dios, pero eso es para más adelante? Pero lo creo. Sin embargo, encuentro que esta introducción histórica vale la pena para estimularnos a pensar, nos ayuda a considerar la mentalidad de nuestros vecinos y otras personas cuando nos acercamos a ellos y, en general, nos hace sentir humildes, poniéndonos en nuestro lugar, lo cual exploraremos más a fondo cuando lleguemos a la introducción bíblica a las doctrinas de Dios y las Sagradas Escrituras.

Esta conclusión, sin embargo, permite que quede clara la verdadera naturaleza de la revelación, que consiste en lo que la Biblia trata en realidad, es decir, Jesucristo, una revelación de Dios.

Algunos han querido argumentar que sólo él es una revelación de Dios y que cualquier otra supuesta revelación suya toma su significado, positivo o negativo, únicamente de él. Otros, como en la propuesta de Dulles, prefieren hablar especialmente de Jesucristo como el lugar de la revelación. Así, Keith Ward también describe la encarnación de Dios en Jesús como el acto revelador central de Dios.

Está Dios como acto, Dios como donación y Dios como Jesús. La revelación es las tres cosas. En cualquier caso, está claro que el peso epistemológico que antes tenían la Biblia, la naturaleza y las tradiciones de la Iglesia como fuentes de la revelación lo tiene ahora, en muchos relatos de la revelación, Jesucristo.

Él es el mensaje, la Palabra de Dios, el título que se le da en Juan 1, 1 a 3, por el cual se deben poner a prueba todas las demás palabras. Este enfoque tiene varias ventajas. En primer lugar, tiene el beneficio de ser coherente con lo que dice y trata la Biblia misma.

El mensaje de los primeros predicadores cristianos y del Nuevo Testamento se puede resumir con razón en Jesucristo. Además, hace de Cristo mismo el mediador, como debe ser si es en verdad el único mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5). Él no es un mensajero secundario, un mero profeta, sino que es Dios y ser humano, la Palabra de Dios, que es el punto mismo en el que podemos contemplar a Dios y vivir. En segundo lugar, defiende la revelación cristiana con el mejor método posible.

La pone fuera de nuestro alcance. Si es, de hecho, verdadera, proviene de Dios, quien no puede ser probado ni puesto a prueba. Debe ser auto-autenticada, no depender de alguna ayuda menor para su verificación.

Al defender las Escrituras, por ejemplo, traicionamos de inmediato nuestro temor de que no vengan de Dios. En cuanto a Jesucristo, se puede predicarlo y la Declaración misma persuadirá, convirtiéndose en el acontecimiento de la revelación, si el Espíritu lo permite. Una de las principales ventajas que se perciben al ubicar la revelación primaria o incluso exclusivamente en Jesucristo es que nos permite encontrar la manera correcta de hablar acerca de otros aspirantes a la revelación.

Todo puede medirse según nuestra opinión sobre él. En particular, nos permite tener una actitud positiva y cálida respecto de la Biblia, al mismo tiempo que hacemos justicia a su verdadera naturaleza. Dallas tiene razón al sugerir que el papel de la Biblia es dar testimonio de la revelación de Jesucristo.

Hoy en día, la Biblia se considera con mayor frecuencia como un testimonio de la Palabra de Dios. Esto significa que, aunque todavía es posible llamar a la Biblia la Palabra de Dios y honrar el papel indispensable que desempeña al conducirnos a Jesucristo, no corremos el riesgo de identificarla con Dios, de asumir necesariamente el carácter mismo de Dios. Más adelante, mostraré en el Salmo 119 que el Señor usa los mismos adjetivos para describirse a sí mismo y a la Palabra de Dios.

Interesante. Se considera que de esta manera evitamos tanto la bibliolatría como la veneración indebida de la Biblia y el peligro de que lo que se considera como historia

y ciencia anticuadas de la Biblia pueda resultar un obstáculo innecesario para la fe. Evaluación.

Vale, hemos agitado las aguas. Hemos hecho temblar más de una madera, supongo, empezando por Voltaire y otros, francamente, herejes: David Hume, Dios mío, el mayor escéptico.

Evaluación. Debemos decir en primer lugar que el relato del Apocalipsis esbozado en parte más arriba es un logro intelectual y teológico significativo. Ha habido momentos en que parecía que la fe cristiana misma como construcción intelectual desaparecería.

Parecía imposible que la Biblia, sujeta a las críticas que ha sufrido, pudiera mantener algún tipo de autoridad, y cualquier atisbo de ortodoxia en relación con el cristianismo o la Trinidad también parecía haber desaparecido. Al afirmar la centralidad de Cristo, tal como la atestigua la Biblia, los defensores de las opiniones expuestas anteriormente han podido devolver la doctrina de la Trinidad al centro mismo de la fe cristiana. Y podemos decir amén a eso.

Cuando vemos y recibimos la revelación cristiana, sabemos que es obra de Dios mismo, que Jesucristo es la Palabra de Dios y que el acto de la revelación es especialmente obra del Espíritu de Dios. Esto significa que cuando estamos inmersos en la revelación, estamos necesariamente involucrados con el Dios trino. He aquí, en efecto, una versión de la fe cristiana que puede ser predicada.

No se trata de nosotros mismos, sino de Dios y de la buena noticia de quién es y lo que ha hecho. Honra a Dios por lo que es e intenta lidiar con las críticas de Feuerbach, que sostiene que el cristianismo es simplemente antropología en sentido amplio. El filósofo Feuerbach dijo que nuestras ideas sobre Dios son proyecciones de nuestros propios pensamientos, especialmente sobre nosotros mismos, sobre esta supuesta deidad.

Y, sin embargo, incluso si el Apocalipsis ha sido rehabilitado de esta manera, ¿ha logrado hacer justicia al conocimiento de Dios? No lo creo, dice Peter Jensen. Sus rasgos evangélicos se están mostrando. Hay una vaguedad sintomática en puntos cruciales que nos deja sin el tipo de conocimiento que la Biblia nos lleva a esperar.

Los pensadores teológicos han logrado poner a Dios de nuevo en el centro de las cosas, pero no lo han hecho de una manera que refleje la naturaleza de nuestra relación con Dios tal como se encuentra en la Biblia. Una fe cristiana que no es capaz de lograr una relación con Dios en los mismos términos que podemos ver en la experiencia de los escritores de las Escrituras debe tener una validez cuestionable. Podemos poner a prueba la realidad de la reconstrucción moderna de Dios

preguntando, por ejemplo, si pone a Dios en la misma posición de autoridad sobre las vidas de los creyentes que vemos asumida y enseñada en el Nuevo Testamento.

¿Acaso la revelación de la que habla la teología moderna hace eso? A menos que satisfaga esta importante prueba, difícilmente puede decirse que proporciona un conocimiento de Dios que se encuentre en clara continuidad con el conocimiento de Dios al que se refieren las Escrituras. Sin embargo, ¿no es cierto que, como todo pensamiento moderno, la teología misma refleja la noción de autonomía humana con respecto a Dios? ¿La fe de la teología moderna se corresponde con la fe del Nuevo Testamento? El relato moderno de la revelación tiene tanto de cierto, en particular el énfasis en Jesucristo, que hasta cierto punto, esta pregunta puede responderse afirmativamente. Pero también hay una carencia fundamental en el relato, que lleva a una conclusión diferente.

Los primeros creyentes no consideraban que la Escritura fuera un testimonio de la Palabra de Dios, sino la Palabra de Dios. Por lo tanto, la fe misma debía asumir inevitablemente una forma diferente a la de ellos. Usaban la palabra testigo, pero era una de las cualidades de un apóstol.

Cuando hablamos de apóstoles, utilizamos una categoría diferente y más autorizada. Resulta interesante utilizar a Juan el Bautista como testigo modelo, como hacen algunos estudiosos. Él no era un apóstol.

En cada uno de los tres elementos principales de la reconstrucción del Apocalipsis, la falta de voluntad de hacer de la Escritura la Palabra de Dios es de importancia clave. Este es el punto de inflexión que determina la naturaleza de las conclusiones a las que se llega.

Permítanme ilustrarlo. Se nos dice que la revelación es un acto de Dios, un acontecimiento. Y así es.

Pero no hay necesidad de limitar los hechos en cuestión declarando a priori que el hecho de pronunciar una palabra no constituye un acontecimiento que tenga consecuencias duraderas. Las grandes acciones de Dios en todos los relatos de los que descubrimos que se realizaron incluyeron grandes acciones de palabra, como en el monte Sinaí. Además, se ha señalado a menudo que las acciones de Dios son ininteligibles sin la palabra interpretativa que las acompaña.

Más fundamentalmente, no hay necesidad de limitar un acontecimiento decidiendo que su naturaleza episódica puede encontrar su impacto revelador en el momento en que ocurre. Por el contrario, incluso si una revelación particular es un acontecimiento específico, y no hemos abordado aquí la posibilidad de que la revelación no sea tanto episódica como permanente, como lo son el sol, la luna y las

estrellas, bien puede seguir teniendo una vida continua a través de las palabras que la describen. Un misterio una vez revelado sigue siendo un misterio revelado.

De hecho, el cristianismo es esencialmente promisorio por naturaleza. Por lo tanto, la idea de que tenemos en la revelación los actos de habla episódicos elusivos de Dios, aunque se trate de preservar la libertad de Dios, logra comprometer su fidelidad en el habla. Una vez más, el cristianismo es esencialmente promisorio por naturaleza, si eso es cierto, como sostiene Gentian.

En segundo lugar, la idea de que en la revelación tenemos los actos episódicos de habla de Dios, aunque se trata de preservar la libertad de Dios como Dios, logra comprometer su fidelidad en el habla. En segundo lugar, el relato de la revelación que he descrito favorece la idea de la autodonación. Nadie puede negar que el concepto intenta capturar una verdad importante, a saber, la naturaleza relacional de la fe cristiana, y que, a veces, la fe ha sufrido de una formalización e intelectualización excesivas.

Pero el objetivo de este lenguaje es, explícitamente, distanciar la revelación de su dependencia del lenguaje inspirado, hacer que la fe en una persona prevalezca sobre la fe en las palabras. Sin embargo, incluso en las relaciones humanas, el lenguaje confiable es la vía esencial por la que llega la fe. Necesitamos confiar en las palabras de los demás, y no hacemos una distinción real entre confiar en una persona y confiar en las palabras de esa persona.

Una relación sin palabras se empobrece. ¿Cuánto más debe serlo una relación con el Dios invisible? ¿No es éste un caso de escatología exagerada? En esta vida, caminamos por fe más que por vista o experiencia, y la supuesta autoentrega de Dios habla de una inmediatez de relación que todavía no es nuestra. Sugiero que equivale a una esperanza de que podamos reemplazar la Palabra de Dios escrita por algo que haga justicia a nuestra relación con Dios, pero que de hecho es insustancial.

¿No estamos también viviendo de un capital teológico y religioso recogido de generaciones anteriores que tenían un enfoque diferente del lenguaje de la Biblia? Por ejemplo, ¿podemos realmente llegar a la doctrina de la Trinidad analizando el Apocalipsis como se sugiere arriba, o surge, de hecho, del lenguaje exacto de las Escrituras? En tercer lugar, este relato del Apocalipsis se centra en Jesucristo. Como ya he observado, una teología que no tenga tal enfoque difícilmente puede ser cristiana en absoluto. Sin embargo, al intentar preservar el Apocalipsis del ataque crítico, se hace una distinción fundamental entre Cristo y las palabras que dan testimonio de él.

Como escribe Keith Ward: “Las Sagradas Escrituras, al menos en la fe cristiana, consisten en un conjunto de testigos humanos de la revelación divina, en lugar de constituir el contenido de la Revelación misma”. Pero el Cristo en quien ponemos

nuestra confianza debe ser el Jesús de las Sagradas Escrituras y ningún otro. Hay una cualidad especial en nuestro acceso verbal a él que es indispensable en su origen y significado.

La opción que coloca la carga final de la revelación sobre Jesucristo pero da acceso a él por medio de algo distinto a las palabras inspiradas nos deja una vez más en la oscuridad donde podemos esperar con razón la luz. Esto es aún más cierto si estamos comprometidos con la idea de que la Revelación es un acontecimiento. ¿Se satisface la fe simplemente con el testimonio de este acontecimiento? ¿El lenguaje absolutamente apropiado, absolutamente bíblico y apropiado de la palabra y el testimonio ha adquirido una prioridad injustificada sobre el lenguaje más fundamental del evangelio y el apóstol? He decidido comentar sólo tres de los temas de la teología protestante reciente.

Un examen de este y otros materiales conduce a una doble conclusión. En primer lugar, los problemas que la Ilustración y sus consecuencias plantearon a la fe cristiana esperan una solución. Cada elemento de esta doctrina de la Revelación contiene una división desafortunada e insustancial que nace en gran medida del rechazo de la idea de que las palabras de las Escrituras puedan ser, en un sentido directo y revelador, la Palabra de Dios.

Como ya he indicado, la tarea de rehabilitar esa posición en un mundo posterior a la Ilustración es verdaderamente formidable, pero la alternativa no ha tenido éxito. En segundo lugar, se han logrado algunos avances, sobre todo en lo que respecta a desafiar a quienes plantearon el desafío en primer lugar. Marx, Freud, Voltaire, Hume e incluso Kant ya no parecen tan intimidantes como antes.

Es cierto que en la Iglesia persisten diversas fisuras, en particular la división entre quienes tienen una estrategia liberal y quienes tienen una estrategia conservadora, pero la escritura responsable sobre el Apocalipsis se ha alejado de las soluciones más radicales de la década de 1960, basadas en la muerte de Dios. Algunos de los temas que una generación anterior había dejado de lado, como el Apocalipsis proposicional, han empezado por fin a recibir una atención seria, y se reconoce que los principios subyacentes de una cultura de la Ilustración son profundamente anticristianos y profundamente inhumanos.

En nuestra próxima conferencia, concluiremos la introducción histórica de Peter Jensen y comenzaremos con una introducción bíblica de las doctrinas del Apocalipsis y las Sagradas Escrituras.

Este es el Dr. Robert A. Peterson en su enseñanza sobre el Apocalipsis y las Sagradas Escrituras. Esta es la sesión 1, Introducción histórica, Jensen, la revelación de Dios, la Ilustración y la respuesta cristiana.